

EDITORIAL

# Representación y buena política

La deriva hacia simples acciones 'gestuales' erosiona y aleja la gestión pública de la calle

La política entendida como gestión al servicio del ciudadano tiene una parte de puesta en escena, susceptible sin embargo de caer en el exceso. Es sabido que la actividad política en los sistemas democráticos exige la exposición y defensa de pareceres encontrados para que, a través del debate y del diálogo, puedan alcanzarse soluciones a los problemas. Pero da la impresión de que algunos políticos han olvidado el sentido último y principal de su trabajo, avanzar en el bien común, y únicamente se centran en la pura tarea de representación, como si fueran personajes de un teatro llenos condenados a repetir el mismo papel. El riesgo de la política entendida como gesto es la sobreactuación y la caricatura. A esa especie pertenece la ocurrencia del alcalde de Aldeacentenera (PSOE), quien ha distribuido entre sus vecinos un bando en tono sarcástico para protestar por los recortes en las llamadas 'urgencias rurales'. No se trata de condenar el humor en la actividad política, pero inclinarse por el chiste, precipitarse por esa deriva, es una manera de erosionar lo institucional y olvidar que en democracia no todo sirve para todo ni todo se puede expresar, en especial desde instancias oficiales, de cualquier modo. ¿Aceptaría el alcalde, Juan Francisco (Kiko) Monterroso, que en los plenos la oposición presentara sus mociones en versos al estilo de Quevedo o parodiando a los Morancos? ¿Por qué no redactar los bandos, pero todos, como si fueran monólogos de Buenafuente? ¿Sería aceptable que las peticiones ciudadanas ante el señor alcalde o ante la Seguridad Social y la Agencia Tributaria se presentaran como si las hubiera elaborado el humorista Gila?

Las recientes palabras del Defensor del Pueblo de Andalucía referidas a los políticos no pueden ser más elocuentes: «La gente está muy cabreada con ustedes, no sé si lo saben. Están muy enfados porque los ven todo el día en la peleíta. La gente está hasta el gorro de todos ustedes». No es mejor político el que pone más énfasis en el desacuerdo, en la 'escenificación' de su papel, sino el que logra más avances para su pueblo.

Esa deriva hacia la 'gestualización' equivoca de la política, hacia la caricatura hueca de la acción pública no es exclusiva de un solo partido. El presidente de la Asamblea de Extremadura, a la sazón secretario general del PP, anunció ayer que el 5% que se recortará al sueldo de los diputados se destinará todos los meses a una causa solidaria. ¿Pero esto qué es? ¿Caridad de sus señorías con el dinero de todos los extremeños? ¿Improvisar una limosna y además anunciarlo para 'representar' el papel del buen samaritano? Una institución como el Parlamento regional no puede convertir en beneficencia un dinero caprichosamente. Entre otras cosas porque desde esa institución no puede concebirse la solidaridad 'corporativamente' sin haber sido previamente programada y presupuestada. ¿O podrían los funcionarios, al igual que los diputados, destinar su ampliación de jornada laboral a prestar servicios sociales? Atravesamos momentos en que la acción pública debe primar la buena gestión, la eficacia y el trabajo. Los gestos, para la galería y el teatro. Por eso tanto el presidente del PP, José Antonio Monago, como el secretario general del PSOE, Guillermo Fernández Vara, deberían esforzarse en un muy necesario ejercicio de pedagogía interna. Toda la seriedad y rigor que quieran dar a sus planteamientos políticos caen en saco roto si no censuran inmediatamente actitudes o gestos como los descritos en estas líneas.

HOY

DIARIO DE EXTREMADURA

Edita: Corporación de Medios de Extremadura  
Director General: Antonio Pitera Corraliza

Director  
Ángel Ortiz

**Mesa de Redacción:**  
José Orantos (Edición, Actualidad y Deportes); Manuela Martín (Región y Local); Celia Herrera (Jefa de Información de HOY.es); Marisa García (Fin de semana); Juan Domingo Fernández (Subdirector en Cáceres)

**Extremadura:** Luis Expósito;  
**Badajoz:** Antonio Cid de Rivera; **Cáceres:** Pablo Calvo; **Delegado en Mérida:** Juan Soriano; **Delegado en Plasencia:** Antonio Sánchez Ocaña; **Corresponsales:** Manuel Martínez Cordero; **Deportes:** Alberto García de Frutos; **Documentación:** Domingo Núñez; **Diseño:** Marcos Ripalda

**Directora de Operaciones:**  
Dolores Benegas Capote  
**Director Comercial:**  
Jaime Fernández de Tejada Almeida  
**Directora de Marketing:**  
Carmen Touchard  
Díaz-Ambrona  
**Gerente de HOY.es:**  
Miguel Ángel Jaraíz  
**Director de Control de Gestión:**  
Pedro Rodríguez Vilches

# Políticos

JUAN A. NICOLÁS JOCILES  
PROFESOR DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

No creo que los políticos rebosen tanta soberbia como para creerse más imprescindibles que un profesor o un médico, profesionales estos que han visto incrementar la ratio de sus respectivas clientelas en aras de reducir déficit

Si la percepción popular de nuestra época se mueve entre la inmensa amplitud que va del desánimo al abatimiento, es lógico que por fin comiencen a escucharse propuestas realmente interesantes. Me refiero a la reducción de parlamentarios autonómicos que primero lanzó Esperanza Aguirre, ha secundado el presidente autonómico José Antonio Monago y Fernando Manzano, presidente de la Asamblea Extremeña, sugiere que el asunto se debata en niveles nacionales. La oposición -PSOE e IU- lógicamente ha desestimado la idea en el sacrosanto nombre de la democracia, la representatividad, las comarcas, otras circunscripciones y la inercia de lobbys gubernativos. Permítaseme tres axiomas radiantes como las mañanas de un tibio verano: 1) los políticos -todos- en nuestro país hace tiempo que no son percibidos como parte de la solución, sino del problema. 2) Ante la furibunda avalancha de recortes del gasto público, la gente está más que percatada de que los sacrificios no son equitativos, proporcionales o administrados en todas las instancias posibles. 3) Los emplazamientos del poder disfrutan de prebendas poco publicadas en las que no inciden los recortes y desde las que cuando detonan 'irregularidades', no pasa casi nada democrático.

Ahora debo anunciar dos certidumbres personales: 1) El reduccionismo no es saludable. No todos los políticos son dignos del primer axioma -como ellos creen respecto a todos los funcionarios públicos- aunque los de los últimos años son en general difícilmente redimibles. 2) El menos malo de todos los sistemas políticos es la democracia representativa. No me refiero al nacionalpartidismo.

Sería el poder, los políticos engastados en él sin un cometido evidente de buena administración pública, lo que estaría haciendo intolerable su papel para la ciudadanía. Si solo son esmerados amanuenses del FMI, Alemania, la UE, Madrid o las directrices del partido ¿cuál es su papel por encima de un buen ordenador ejecutante? En cualquier caso ¿para qué se necesitarían tantos? No creo que los políticos rebosen tanta soberbia como para creerse más imprescindibles que un profesor o un médico, profesionales estos que han visto incrementar la ratio de sus respectivas clientelas en aras de reducir déficit. Sería lógico hacer lo propio con los políticos para el mismo fin. De esta manera se soslayaría el argumento del parlamentario que de pronto tiene que represen-

tar a más electores. La democracia representativa no lo es menos por cuestión de ratio o de votantes, sino por leyes electorales poco ecuanímenes y por el desperdicio de sufragios en el limbo de la ley D'Hondt.

Con demasiada frecuencia ante los embates de la actual situación económica abusamos de la denominación de tecnócrata hecha a políticos y gobiernos. Sentimos fruición y alivio por creer que nos ponemos no solo bajo la pericia técnica de un político, sino también bajo alguien inasequible a la debilidad de las ideologías y la patochada de la lucha política. ¡Qué candoroso! Pero en cualquier caso, si tanto celebramos la tecnocracia para sortear los arreones de economía financiera, y asistimos pasmados todos los días al mensaje de que no se puede gobernar de otra manera y esto es lo que hay que hacer, pues digo otra vez que sin margen de acción no hay política en el más noble sentido de la palabra. Y sin política ¿para qué (tantos) políticos?

Siendo benigno, pocos dejarían hoy de reconocer un cierto fracaso en esta España de las autonomías surgida de la transición. No debe sorprendernos ni debemos achacarlo a la crisis económica. Esta no ha hecho más que decantar lo que se edificó no tanto con espíritu democrático como diluyente del entonces potencial nacionalista de las comunidades históricas (café para todos). También, como ha afirmado Álvarez Junco, había que satisfacer el ansia de poder de las élites regionales. En los tiempos de la segunda legislatura de José María Aznar se habló mucho de

una segunda descentralización para trasvasar competencias de las autonomías a los ayuntamientos. Ahora estamos escuchando todo lo contrario -con supresión de mancomunidades incluso- y reforzamiento de unas diputaciones que en la última campaña electoral hubo promesas de suprimir. El municipalismo será como siempre el sacrificado y sus políticas diezmadadas, cuando ante situaciones graves como las de ahora, las respuestas más interesantes son las novedosas, profundas y próximas al ciudadano. Cambiar la Constitución en lo que fuere menester tampoco es para rasgarse las vestiduras, toda vez que desde la de 1812 los españoles hemos tenido nueve. Y ya que ha salido la historia de España, termino con una propuesta solo para (pocos) políticos de alto standing intelectual: consideren seriamente, ante la encrucijada que estamos, la vieja idea del federalismo ibérico: tiene fecundas implicaciones. La del tren (Lusitania) no es la menor.

